

**¡Es Navidad!**

***Textos*: Isaías 2,7-10**

**Salmo 97; Hebreos 1,1-6**

**Juan, 1,1-6**

*“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande”*, nos decía el profeta Isaías la fiesta del día de Navidad *(Is 9, 1-3.5-6)*. La presencia de esa luz cambia toda tristeza en alegría y todo afán en fruto. Es un cambio, sin embargo, que exige de nosotros, los y las oyentes de la Palabra una actitud positiva y, sobre todo, de libertad. El Dios que se anuncia al mundo a lo largo de la historia y que viene al mundo haciéndose historia, es un Dios que libera y destroza todo yugo opresor. Es necesario, sin embargo que nos pongamos a la tarea de nuestra propia liberación. Que Dios venga como un niño no parece crear muchas expectativas en los que, por muchas causas, nos sentimos oprimidos/as. ¿Puede un niño salvarnos de algo?, ¿acaso puede la debilidad liberaros del yugo de los opresores? Podemos preguntárnoslo, podemos incluso dudar, pero eso no cambiará la acción divina. Dios no dejará de ser el Dios Redentor porque nosotros seamos incapaces de ver la fuerza de la debilidad.

La aparición de la gracia de Dios y su salvación para todos los hombres no dejará de ser una realidad porque algunos/as no deseen verla. Pero para quienes acogen la entrega de Jesucristo y se hacen uno con él, la bondad de todo en su existencia está asegurada. ¿Cómo puede no estar en Dios aquello que Dios ha hecho suyo? Dios ha hecho suya nuestra debilidad para mostrarnos el poder de su amor. La salvación está en el seno de nuestro mundo, se ha hecho hombre en las entrañas de una mujer de nuestro pueblo. ¡Dios es uno de los nuestros…! Nuestra felicidad depende de que aceptemos ser nosotros de Dios, *Oyentes de su Palabra*.

De una Palabra que se asemeja a la nuestra, solo por hacerse entender, pero que no podemos manipular, como hacemos con frecuencia con la palabra humana. En la Palabra hay vida y en Ella habita la Vida. Somos hombres y mujeres buscadores de vida, aunque no siempre estamos dispuestos/as a acoger la luz que se nos da a través de Ella. Sigue siendo una triste y con frecuencia trágica realidad*: “La luz brilla en las tiniebla y las tiniebla no la recibió.”*

Porque Dios “viene a su casa”, aunque el mundo siga sin atender su llegada y sin querer recibirlo. La Palabra de Dios, que *existe en el Principio*, en el Seno divino, sigue haciéndose presente en el mundo que ama y por el que se entrega *“hasta la muerte y muerte de cruz…”.* En un mundo creado para el diálogo, para dar y recibir la palabra, nos hemos encerrado en un silencio de muerte. La Palabra de Dios, dice Juan, luz que ilumina la existencia de toda criatura, pero solo cuando nos abrimos a la verdad. Pero no siempre estamos en esa actitud positiva ni queremos acoger la verdad. Celebrar el *Nacimiento* de Dios en medio de nosotros, en la historia, significa pertenecer o al menos querer pertenecer a la verdad; una verdad que se formula en nuestra vida con trazos sencillos, sin necesidad de demagogias, sin necesidad de verborreas fáciles. La verdad con la que Dios nos regala es llana y llega directamente al corazón, a la vida. ¿Sabremos ser fieles a la Palabra, para dejar que también nuestra palabra esté llena de vida e ilumine a los demás…?